

Review / Reseña

Rivera Hernández, Raúl Diego. *Narratives of Vulnerability in Mexico's War on Drugs*. Palgrave, 2020.

Carlos Noyola

University of Notre Dame

Siempre es necesaria una cierta dosis de valentía para escribir. Robert Frost decía que cualquier poeta debe tener las agallas para sentarse a esbozar unos versos sin haber leído todos los que se han escrito antes, a sabiendas de que alguien pudo ya haber dicho lo que él se propone, y de mejor manera, centurias atrás. Lo mismo aplica para los narradores, los ensayistas y los críticos, que se enfrentan siempre a la tarea de aportar algo sin saber cuál es exactamente la frontera del conocimiento en ese campo. Siempre queda un libro sobre el tema por leer, algún ensayo inencontrable que podría tener todo lo que uno pensaba argumentar.

El libro de Raúl Diego Rivera Hernández, *Narratives of Vulnerability in Mexico's War on Drugs*, es una muestra de esa valentía. Primero porque, como el mismo Rivera Hernández reconoce, hay un boom en la producción cultural que lidia con temas de migración hacia Estados Unidos y violencia en México, en parte gracias a la concientización llevada a cabo por organizaciones internacionales como la Corte Interamericana de Derechos Humanos (42). Pero por otro lado porque escribir sobre cualquier acontecimiento reciente es siempre un reto. Igual que los escritores no pueden novelar sobre lo que acaeció ayer, el crítico muchas veces requiere de una considerable

distancia temporal para poder decir, ya no digamos algo grandioso, sino algo. Rivera Hernández se lanza a la necesaria pero complicada tarea de arrojar luz sobre un fenómeno que aún nos tiene medio confundidos, precisamente porque está sucediendo.

El libro parece la consecuencia natural de los intereses de Rivera Hernández, que en los últimos años ha escrito sobre las caravanas de madres de desaparecidos y los familiares de los 43 normalistas de Ayotzinapa. Su último artículo ya toca uno de los temas del libro: la racialización y vulnerabilidad de los migrantes que pasan por México. La premisa es clara: la vulnerabilidad no inhibe la resistencia. De hecho, en contextos de profunda violencia como el del México contemporáneo, puede ser la base de ciertos modos de resistencia, y son esos modos los que Rivera Hernández se propone estudiar en tres ámbitos: los migrantes centroamericanos que cruzan México para llegar a Estados Unidos, los periodistas perseguidos por la delincuencia, y los familiares de víctimas de la delincuencia que exigen justicia.

Tres novelas sirven para analizar a los migrantes del triángulo del norte (Honduras, Guatemala y El Salvador): *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013), de Alejandro Hernández, *La fila india* (2013), de Antonio Ortuño, y *Las tierras arrasadas* (2015), de Emiliano Monge. Rivera Hernández las lee buscando las distintas maneras en que la ficción representa el poder que tienen los migrantes (los agentes vulnerables) para resistir abusos. Verbigracia, de la novela de Alejandro Hernández, el libro destaca que “The ability to pass as Mexicans becomes invaluable for the characters in the novel of Hernández, and involves the appropriation of a new identity role in the form of local behavior, accents, and expressions, which adhere to the social imaginary of Mexicanness” (50). Esta característica de la novela, entonces, ilustra que los migrantes tienen poder de respuesta frente a la cacería constante de los agentes migratorios mexicanos y los cárteles de la droga, y es justamente el objeto de su vulnerabilidad (su identidad no mexicana) lo que los obliga a adaptarse para lograr la meta, lo cual deviene en resistencia. De la misma forma, los migrantes buscan protegerse unos a otros, tanto en situaciones precarias de salud como frente a posibles atacantes en el camino, algo a lo que Rivera Hernández se refiere como “ethnic solidarity” (54).

A pesar de que la mayor parte de la discusión en torno a *La fila india*, de Antonio Ortuño, versa sobre las representaciones de la corrupción en México y las formas en que muestra la complicidad entre el estado (que debiera perseguir a los delincuentes) y los criminales que atacan a los migrantes, en los últimos párrafos Rivera Hernández parece recordar que su tema es la resistencia que puede surgir de sujetos vulnerables, y habla someramente de dos tipos de insubordinación reflejados en la novela: el de una

hondureña que enfrenta repetidas violaciones con absoluta entereza, esperando en resistencia pasiva el momento para escapar, y el de Yein, una sobreviviente de un ataque a un albergue de migrantes que se suicida con una bomba para matar a delincuentes y funcionarios coludidos en el atentado. La hondureña sabe que está en desventaja para pedir ayuda, sea a otros ciudadanos o a la autoridad, y la sobreviviente es consciente de que la única justicia que puede esperar es la que ella haga. Otra vez, de su vulnerabilidad emerge la resistencia que desafía al poder opresor.

En la última novela que estudia, *Las tierras arrasadas*, de Emiliano Monge, Rivera Hernández se refiere -partiendo de Sayak Valencia en su libro *Capitalismo Gore*—a una forma de resistencia surgida de la vulnerabilidad que puede resultar incómoda. Monge intenta generar cierta empatía del lector hacia los perpetradores de crímenes, en parte recurriendo a detalles de su pasado, que involucran esclavitud, condiciones de vida miserables y abandono. Rivera Hernández asegura que esto “expose[s] the structural violence that compels children and teens to become criminals” (68). Para Rivera Hernández la incorporación de personas con pasados de sufrimiento y abuso (como los personajes de la novela) a las filas del crimen organizado es una forma de salir de la marginalidad y empoderarse, volverse alguien en un mundo que los ha oprimido (69). Así, la conclusión insinuada es que, en ciertas condiciones, las víctimas pueden convertirse en victimarias, traduciendo su vulnerabilidad en violencia que vulnera a otros (67).

De las novelas el análisis pasa a las crónicas que relatan el infierno de ejercer el periodismo en México, un país que en los últimos años ha descollado de forma consistente por las pésimas condiciones de seguridad para quienes se dedican a informar. Luego de una extensa contextualización de la crónica como género ignorado y la violencia contra periodistas, Rivera Hernández estudia uno de los textos más famosos de Javier Valdez, “Tamaulipas y el periodismo del silencio”. En ella, Valdez expone la dolorosa realidad de los periodistas en una de las zonas más peligrosas de México—donde tienen que decidir entre informar o morir. Las organizaciones criminales, a través de un intermediario, indican a los medios qué línea editorial seguir, so pena de ser asesinados. Puesto así, para muchos periodistas la decisión ya no se trata de un problema ético, sino de supervivencia. No hay elección, la autocensura, el silencio, es la única forma de vivir, y aferrarse a la vida es la resistencia que surge de la vulnerabilidad (100). Sin embargo, Rivera Hernández reconoce que esta no es la única postura, y cita por lo menos dos fuentes para las que la autocensura, lejos de ser una resistencia, es una irresponsabilidad de los que piensan que el periodismo solo se puede

ejercer en un entorno seguro (101). El análisis de Rivera Hernández termina ahí, con la mera yuxtaposición de ambas posturas, y no queda claro entonces si, a pesar de los cuestionamientos, la autocensura es una resistencia. Empero, la resistencia no tiene por qué adquirir características heroicas—morir por la verdad. Existen modos mucho más sutiles y no menos valiosos de hacer periodismo ético. Rivera Hernández se mete demasiado en el texto y olvida el texto mismo, una metareflexión sobre el oficio y las condiciones en que se ejerce. Hablar del silencio autoimpuesto es ya una resistencia surgida de la vulnerabilidad. La crónica de Valdez es una forma de enfrentar la violencia, pero Rivera Hernández no lo dice.

La segunda crónica es “La resistencia cibernética”, de Vanessa Job. Rivera Hernández ve en esta crónica la muestra de cómo la sociedad civil se vuelca a las redes sociales (en particular Twitter) ante la pérdida de credibilidad de los medios convencionales. Citando a Andrés Monroy Hernández y otros colegas, explica que los ciudadanos han creado en las redes sociales “comunidades insurgentes” (107), que a la vez les permiten contrarrestar el discurso oficial cuando el gobierno niega la violencia, y protegerse de posibles ataques gracias a la inmediatez de la difusión. Las redes sociales también permiten ocultar la identidad de los testigos, que pueden enviar información de forma anónima a los encargados de las cuentas de difusión o blogs. De esta manera los ciudadanos periodistas, vulnerables frente al crimen y un estado incapaz, logran organizarse contra la violencia. Por supuesto que el internet no es la panacea, como apunta Rivera Hernández, ya que existe el riesgo de la difusión de información falsa incrementando el pánico y la confusión (107), pero los ciudadanos han creado mecanismos que les ayudan a mitigar las desventajas, como los curadores cívicos de medios (*civic media curators*), que concentran muchos seguidores por su credibilidad y están a cargo de compartir noticias verificadas únicamente.

En torno a la última crónica, “Tinta contra el silencio”, de John Gibler, Rivera Hernández analiza la forma en que algunos periodistas han formado comunidades para enfrentarse al nuevo contexto de violencia en México. En particular, se enfoca en la Red mexicana de reporteros, que surgió como una entidad descentralizada, sin oficinas, para hacer frente a la falta de preparación de los periodistas que cubrían la nueva oleada de violencia (116). Los miembros de esta red crearon, por un lado, un método de monitoreo para protegerse del crimen, que consiste en registrar sus actividades con otro colega cuando van a cubrir hechos relacionados con la delincuencia, y recibir llamadas cada 15 o 20 minutos por parte de ese colega, para asegurarse de que están bien (117). Por otro lado, se profesionalizaron para enfrentar el discurso sensacionalista que, sin

darse cuenta, exalta a los criminales y deshumaniza a las víctimas. Por ejemplo, determinaron sustituir “levantado” por “privado de la libertad” y “ejecutado” por “víctima” (118). Este tipo de resistencia, sutil pero muy importante, muestra una forma de resiliencia de un grupo vulnerable que se niega a aceptar los discursos apologéticos de la violencia e intenta combatirlo humanizando su medio, el lenguaje.

La última parte estudia dos libros de no-ficción (*El tiempo de Ayotzinapa* y *Procesos de la noche*) y un documental (*Buscadores en un país de desaparecidos*). *El tiempo de Ayotzinapa*, de Carlos Martín Beristain, se enfoca en la historia detrás de la investigación sobre la desaparición de los estudiantes normalistas de Ayotzinapa, que llevó a cabo un Grupo Internacional de Expertos Independientes (GIEI). Rivera Hernández explica que la resistencia de Beristain (quien fue parte del GIEI), no solo radica en su ejercicio de memoria, de reflexión sobre la mejor manera de apoyar a los familiares de las víctimas y en su búsqueda de un cambio social a través de la sistematización de experiencias (139), sino en el uso mismo del lenguaje en su libro. Frente a la formulación fría, técnica y rígida de los reportes que emitió el GIEI (140), Beristain escribió un libro íntimo de la experiencia de los familiares, que quiere empatizar con las víctimas y el tortuoso camino de sus familiares al buscar justicia (141).

Algo similar hace *Procesos de la noche*, de Diana del Ángel, que se enfoca en la reconstrucción de la vida y el proceso burocrático para hacer justicia a Julio César Mondragón Fontes, uno de los normalistas asesinados en Guerrero la noche del 26 de septiembre de 2014. Al dar voz a los seres más cercanos a Julio César Mondragón, del Ángel muestra la importancia de la producción colectiva del conocimiento en el proceso de hacer justicia como otra forma de resistencia. Al narrar los hechos desde la perspectiva de alguien que acompañó a los familiares durante el proceso, el relato de del Ángel enseña que si las redes de apoyo son una forma relevante de resistencia, la empatía es una de esas redes que permiten sobreponerse a la vulnerabilidad (151).

El último trabajo analizado, el documental *Buscadores en un país de desaparecidos*, de Pie de Página y la Red de Periodistas de a Pie, explora una faceta un tanto distinta a la presentada en los libros previos. En lugar de enfocarse en el papel de los autores y su apoyo a las víctimas (en este caso los realizadores del documental), Rivera Hernández enfatiza la capacidad de los familiares de desaparecidos para tomar en sus manos la investigación de los crímenes. Vulnerables frente a una autoridad pasiva que no desempeñó su trabajo con la eficacia y prontitud requerida, los padres se organizaron para buscar a sus hijos, y lograron sobreponerse a su falta de preparación en la materia. Uno de estos grupos, por ejemplo, encontró 160 cadáveres que de otra manera el estado

no habría descubierto (161). Los familiares se convirtieron en “expertos sin credenciales” motivados por su deseo de justicia, y sus aportes ayudaron en la investigación (162). La vulnerabilidad de los familiares, en este caso, fue la razón por la que se organizaron para resistir el sistema de impunidad, enfrentar la violencia, y en el camino transformar su vulnerabilidad en fuerza.

Las mayores flaquezas del libro se encuentran en el capítulo que estudia las novelas que tratan la crisis migratoria de Centroamérica. Rivera Hernández a momentos toma las novelas como si fueran evidencia irrefutable de la realidad. Por ejemplo, cita un fragmento de la novela *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, en el que el narrador dice que para cruzar México uno tiene que actuar, en todos los sentidos, como mexicano, y hasta aprender la historia mexicana. Inmediatamente después, Rivera Hernández concluye que: “The scope of racial profiling practices thus encompasses more than skin color. In their attempts to ascertain the migratory status of a person whom they consider to be “suspect,” immigration agents ask questions based on a national identity test and other cultural and linguistic tests” (51).

No cita fuentes que corroboren lo que asevera, no hay datos ni testimonios que justifiquen la afirmación. Y esto se repite en varias ocasiones a lo largo del capítulo. Rivera Hernández trata la novela como si fuera el expediente de una carpeta de investigación. Aún cuando Alejandro Hernández recorrió las rutas de los migrantes y recopiló testimonios, se trata de una novela, y una obra de ficción jamás se puede tomar como un registro fidedigno de los hechos, mucho menos en sus detalles. La novela puede ser una gran puerta para entender el mundo, pero se tiene que contextualizar con los hechos. Si fuera una representación exacta de la realidad sería periodismo o mero testimonio ante un juez, no una novela. Rivera Hernández olvida que ficción y realidad son cosas distintas, por más que una nos pueda ayudar a entender la otra.

Rivera Hernández explica -siguiendo la terminología de Oswaldo Zavala—que una intención de su libro es salirse de la narconarrativa, la línea de ciertas obras que se enfocan en los perpetradores y refuerzan el discurso oficial de la Guerra contra el narco (17). A diferencia de la narconarrativa, que reproduce elementos fantásticos y clichés del narcotráfico, que alimenta el mito de lo que es un criminal (20), Rivera Hernández asegura que las obras que seleccionó se enfocan en las comunidades vulnerables del conflicto (17). Parece estar asumiendo que las novelas elegidas por él, y las crónicas y el documental, no adolecen de algo. Rivera Hernández no cuestiona qué otros mitos podrían estar reproduciendo las obras que él estudia, o si reproducen el mismo discurso. No se pregunta si la novela de Monge podría estar reproduciendo el cliché de personas

siempre buenas que las circunstancias históricas convierten en criminales, o si la novela de Ortuño no reitera las dos versiones de la víctima liberada: la que logra escapar del opresor y la que se venga de todos los que le hicieron daño. La falta de retorno crítico sobre las obras que pondera le resta fuerza a su análisis.

El último punto se refiere a los grupos vulnerables. Rivera Hernández se enfoca en tres, muy pertinentes y conocidos (migrantes, periodistas y familiares de víctimas del crimen) grupos vulnerables, pero que ciertamente no son los únicos. Llama la atención, por un lado, que Rivera Hernández no lo discuta, y por otro, que su definición de víctimas del crimen parezca estar limitada a los desaparecidos, los asesinados, y sus familias. De acuerdo con cifras del INEGI de 2018, el delito más común en México es el robo, no el secuestro ni el asesinato. El ciudadano que no ha sido secuestrado y no tiene un hijo desaparecido, pero que sí sabe lo que es tener la pistola de un asaltante en la cabeza vive con miedo, y su vulnerabilidad no es menos digna de estudio. Más aún, los mexicanos que -afortunadamente- nunca han sido víctimas de un delito, pero salen todos los días con miedo a las calles también son vulnerables, y no parece muy osado decir que el hecho de que continúen con sus vidas, como si el riesgo no existiera, es una forma de resistencia frente a su vulnerabilidad cotidiana. Rivera Hernández se enfocó en el tipo de violencia que atiborra los titulares de los periódicos (muy importante, sin duda), pero omitió la violencia más sutil, menos visible, que mantiene a los ciudadanos anegados en el miedo.

La premisa de *Narratives of Vulnerability in Mexico's War on Drugs* es importante: la vulnerabilidad no tiene que desembocar en indefensión, se puede convertir en resistencia. Y esa resistencia puede tomar muchas formas: redes de apoyo, profesionalización, reflexión, organización para la búsqueda de fosas, cambios en el lenguaje... La resistencia puede ser grandilocuente o sutil, pero siempre convierte lo que parecía una debilidad en fuerza.